

Variaciones

CARTA SOBRE LA TOLERANCIA.

Caballero:—Supuesto que tiene V. por oportuno el preguntarme cual es mi opinion sobre la tolerancia que las diferentes sectas de los cristianos deben tener las unas para con las otras, responderé francamente que ella es, en mi dictámen, el distintivo característico de la verdadera iglesia. Por mas que os unos se jacten de la antigüedad de sus cargos y títulos ó de la pompa de su culto exterior, los otros de la reforma de su disciplina, y todos en general de la ortodoxia de su fé (porque cada uno se cree ortodoxo); todo ello, digo, y otras mil prerogativas de esta especie, son mas bien pruebas del desseo que los hombres tienen de dominar unos sobre otros, que señales de la iglesia de Jesucristo. Por mas justas pretensiones que se tengan á todas estas preeminencias, si carecemos de caridad, de dulzura y benevolencia para con el género humano todo entero, hasta para con los que no son cristianos, seguramente nos hallamos muy distantes de ser cristianos nosotros mismos. „Los reyes de las naciones dominan sobre ellas, decía Nuestro Señor á sus discípulos; pero no debe suceder lo mismo entre nosotros.” El fin de la verdadera religion es una muy diferente cosa: ella no se instituyó para establecer una van pompa exterior, ni para poner á los hombres en proporcion de llegar á la dominacion eclesiástica, ni para precisar con la fuerza; sino que nos fué acordada mas bien para movernos á vivir segun las reglas de la virtud y piedad. Cuantos quieren alistarse bajo las banderas de Jesucristo, deben desde luego declarar la guerra á sus vicios y pasiones. En valde toma uno el titulo de cristiano, si no se esfuerza á santificar y corregir sus costumbres; si no es dulce, afable y benigno. „Que todo hombre que pronuncia el nombre del Señor, se aparte de las sendas de la iniquidad.”

„Cuando pues hayais vuelto en vos mismo, decía nuestro Salvador á San Pedro, afirmad á vuestros hermanos.” En efecto, un hombre, al que veo tener abandonada su propia salvacion, me persuadiría con suma dificultad de que él se interesa en la mia; porque es imposible que los que no han abrazado el cristianismo en lo íntimo del corazón, se ocupen con buena fé en atraer hacia él á los otros. Si podemos contar con lo que el evangelio y los apóstoles nos dicen, no nos es posible ser iniciados sin la caridad, y sin aquella fé que obra con la caridad y no con el fuego y acero. Pues bien: apelo aquí á la conciencia de los que persiguen, atormentan, arruinan y matan á los otros con pretexto de religion; y les pregunto si les tratan de este modo por un principio de amistad y afecto. En cuanto á mí, no lo creeré jamás, si estos furiosos celadores no obran del mismo modo con sus deudos y amigos para corregirlos de los pecados que ellos cometen, á la vista de todas las gentes, contra los preceptos evangélicos. Cuando yo los veo perseguir con el hierro y fuego á los individuos de su propia comunión, que están inficionados de vicios enormes, y en peligro de una eterna ruina si no se arrepienten; cuando los veo emplear así los tormentos, los suplicios y todas las especies de crueldades como señales del amor y celo que ellos tienen en la salvacion de las almas, entónces, y no mas pronto, los creeré sobre su palabra. Porque, finalmente, si por un principio de caridad y fraternal amor despojan ellos á los otros de sus bienes, les imponen penas corporales, los hacen morir de hambre y frio en lóbregas mazmorras, en una palabra, les quitan la vida; y todo esto, como ellos lo pretenden, para hacerlos cristianos y proporcionarles la salvacion, ¿de qué proviene que sufran que la injusticia, fornicacion, fraude y malicia y otras muchas culpas que en sentir del apóstol merecen la muerte, y son la

divisa del paganismo, dominen entre ellos é inficionen sus rebaños? Sin contradiccion ninguna, todos estos desórdenes son mas opuestos á la gloria de Dios, á la pureza de la iglesia y á la salud espiritual, que el desear por una máxima de conciencia algunas decisiones eclesiásticas, ó abstenerse del culto público, si esta conducta, por otra parte, va acompañada de la virtud y buenas costumbres. ¿Por qué no castiga este ardiente celo por la gloria de Dios, por los intereses de la iglesia y salvacion de las almas, este celo ardiente á la letra y que hace uso del haz de leña y fuego? ¿Por qué, repito, no castiga este celo aquellos vicios y desarreglos cuya formal oposicion con el cristianismo se reconoce por todas las gentes, y de que nace que él se vale de todo para introducir ceremonias ó establecer opiniones que tienen por objeto, las mas de ellas, materias escabrosas y delicadas que son superiores á los comunes alcances de los hombres? No se sabrá mas que en el último dia, cuando la causa de la separacion que hay entre los cristianos llegue á ser juzgada, cual de los partidos opuestos tuvo razon en estas contiendas, y cual de ellos fué culpable de cisma ó herejía, si es el partido dominante, ó el que padece. Seguramente los que siguen á Jesucristo, que abrazan su doctrina y que llevan su yugo, no serán juzgados entónces hereges, aunque hayan abandonado á sus padres, y renunciado de las asambleas públicas y ceremonias de su pais, ó de cualquiera otra cosa que se guste.

Por otra parte, supuesto que las divisiones que hay entre las sectas presentan sumos obstáculos para la salud de las almas, no podemos negar sin embargo que el adulterio, fornicacion, impureza, idolatría y otras cosas parecidas, sean obras de la carne, y que el apóstol haya declarado con palabras terminantes que los que los cometen no poseerán el reino de Dios. „Por esto cuantos se interesan con buena fé en el reino de Dios, y creen que es obligacion suya el estender sus límites entre los hombres, deben dedicarse con tanta solicitud é industria á desarraigatodos estos vicios, como á estirpar las sectas. Pero si obran de otro modo, y si mientras que son crueles é implacables para con los que no son de su opinion, se manifiestan indulgentes con los vicios y desarreglos, que se encaminan á la ruina del cristianismo; escúdense estos hombres cuanto querrán con el nombre de la iglesia, hacen ver ellos en sus acciones que tienen en la mira un adelantamiento muy diferente del reinado de Jesucristo.

Confieso que me parece cosa muy estraña (y no creo ser el único de este dictámen) que un hombre que desea ardientemente la salvacion de su prójimo, le haga espirar en medio de los tormentos, aun cuando no está convertido. Pero no hay ninguno, estoy seguro, que pueda creer que semejante conducta parta de un fondo de caridad, de amor ó benevolencia. Si alguno sostiene que debemos precisar á los hombres por medio del hierro y fuego á recibir ciertos dogmas y á conformarse con este ó aquel culto interior, sin atender de modo ninguno á su modo de vivir: si para convertir á los que él supone errantes en la fé, los reduce á profesar de boca lo que ellos no creen, y que les permite aun la práctica de las cosas que el evangelio prohíbe; no podemos dudar de que tenga ganas de ver una numerosa asamblea unida en la misma profesion que él. Pero que su principal fin sea componer con ella una iglesia realmente cristiana, es una cosa totalmente increíble. No debemos estrañarnos, pues, que los que no trabajan con buena fé en el adelantamiento de la verdadera religion y de la iglesia de Jesucristo, empleen armamentos contrarios al uso de la milicia cristiana. Si á ejemplo del capitán de nuestra salud, desearan con ardor salvar á los hombres, seguirian sus huellas, é imitarian la conducta de aquel príncipe de la paz, que cuando envió sus soldados para sojuzgar las naciones y hacerlas entrar en su iglesia, no los armó con espadas ni con instrumento ninguno de

apremio; sino que los dió por todo aparato el evangelio de paz y la egemplar santidad de las costumbres. Esto era su método. Aunqu hablando con verdad; si los infieles debian convertirse por medio de la fuerza, si los ciegos ó portinaces debian atraerse hacia la verdad con egércitos de soldados, lo era mucho mas fácil lograrlo con algunas lecciones celestiales, que á ningun hijo de la iglesia, por mas poderoso que sea, con todos sus dragones.

La tolerancia, en favor de los que difieren de los demas en materias de religion, es tan conforme con el evangelio de Jesucristo y con el sentido comun de todos los hombres, que puede mirarse como cosa monstruosa que haya gentes bastante ciegas para no ver la necesidad y beneficios de ella en medio de tantas luces como las rodean. No me detendré aquí en acusar la soberbia y ambicion de los unos, la pasion y celo poco caritativo de los otros. Son vicios de que le es casi imposible á uno librarse nunca bajo todos los aspectos; pero son de tal naturaleza, que no hay ninguno que quiera sostener su censura, sin paliarlos con algun especioso color, y que no se crea digno de elogios aun cuando se deja llevar de la violencia de sus desarregladas pasiones. Sea lo que se quiera de ello, á fin de que los unos no encubran su espíritu de persecucion y su crueldad anti-cristiana bajo las bellas apariencias del interes público y observancia de las leyes, y á fin de que los otros, socolor de religion, no busquen la impunidad de su relajacion y desenfrenada licencia; en una palabra, á fin de que ninguno se engañe á sí mismo ni á los demas bajo pretexto de fidelidad al príncipe ó de sumision á sus órdenes, y de escrupulo de conciencia ó de sinceridad en el culto divino, creo que es de una necesidad absoluta el distinguir aquí, con toda la posible exactitud, lo que mira al gobierno civil, de lo que pertenece á la religion, y señalar los justos límites que separan los derechos de uno y otro. Sin esto, no tendrán nunca fin las contiendas que se susciten entre los que se interesan, ó pretenden interesarse, por una parte en la salvacion de las almas, y por otra en el bien del estado.

(Continuará.)

EL PROCURADOR.

H. VERACRUZ 18 DE ENERO.

OBISPO DE PUEBLA.

Dijimos ayer que el reverendo diocesano parecia haber dirigido nueva comunicacion al gobierno. En efecto, hemos tenido ocasion de verla; ella no es aun contestacion al dictámen del consejo contra su primera nota: sin duda no le ha hecho la digestion á su reverencia; pero es positivo que su segundo aborto viene adornado de todo el uniforme con que acostumbra su autor vestir sus benignos ástros para enviarlos á iluminar y vivificar al mundo. Él pretende sati facer de la sanidad de sus primeras palabras con relacion al gobierno, y que el celo cristiano que lo guia fué quien le inspiró el brusco reproche que hizo de la ley número 54. Se entretiene en probar con testos, de los que aplica rancimiento unos, y otros sin exactitud, los anatemas en que incurro todo el que, como el congreso, ocupo los bienes de eclesiásticos &c.: en la copia misma que hace de estas citas, esto es, por su mismo literal sentido, tiene su reverencia y cualquiera que sepa leer, la conviccion de que en el caso que nos ocupa no son ni han podido ser aplicables tales declaraciones, si no es porque se quiera darles distinta inteligencia y general acomodamiento, segun la intencion, malicia ó interes del que las llama en su auxilio. Este punto, así como el de la soberania de la iglesia, que son los cardinales de su segunda produccion, y sobre los que deja correr su larga pluma con aquel estilo que en su concepto no desgranda su alta dignidad, no desmienta su espíritu puro ni ofondo las prerogativas de la